

# Dos Puntos de Vista

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

Dos Puntos de Vista (por Daniel Bernardo Grimberg)

El catálogo ofrecía briosos artículos diseminados en hojas de papel sedoso, cuyas fotografías ofrecían una necesaria y armónica conexión con el texto. Era un vademécum antológico que en unas cuantas páginas ofrecía las últimas novedades de aquello a lo que se amarraba al deseo. Un hombre en yuxtaposición a la calle lo ojeaba con una angustia constante cuando rozaba al papel. Eso, de golpe, no engendraría al absoluto, pero con sus perspicaces formas no lo abolía. El temperamento de ese hombre era común, y no había nada misterioso ni irresoluble en su conducta.

El folleto describía la habitual manera de vivir en las ciudades, o era una referencia inspiradora. Ya no había que afincarse en inercias tradicionales; los fenómenos de destrucción (la guerra) habían quedado atrás; no había traiciones preparadas de antemano, ni nadie pretendería mostrar sustratos metafísicos. Los productos del catálogo creaban una atmosfera de sosiego e integración, pero el hombre que los recorría ligeramente, se atormentó. Aún se encontraba solo y en un silencio que era una transición. No aprobaba ni condenaba a los dictámenes de esa guía de compra, a lo sumo apreciaba a esos objetos como nimios, meteóricos, e intrascendentes.

Lanzó un exhorto que no sonó cómo una discusión o la pretensión de entrar en una; no hubo un específico depositario para ese vocablo; apenas se trató de un sonido impuro que quebró al silencio. A la mañana siguiente partiría sin imaginar que concebiría un inconveniente digresión filosófica que fue un cortés amén frente al hecho de hartarse de sí mismo. No quiso parecerse a un caballero de la infame sociedad londinense, tampoco comprometerse con las turbulencias que se daban en teatros decrepitos de Europa, ni ser visto como alguien riguroso o moralista, o incluirse en alguna de las rudimentarias doctrinas que eran moda. Sus palabras no ejercerían ninguna influencia sobre el mundo, por el contrario, pasarán limpias, circularán. Cabizbajo se secó la frente con un pañuelo,

Charles Chaplin se injertaba en esa cita que lo emocionaba mucho, dentro de un típico jardín de un suburbio norteamericano, en ese día real cuyos cansancios y tensiones eran lo característicos de cada fecha que ocupaba un cuadrado minúsculo en el calendario. No se tomaría la arrogancia de

un involucramiento, sólo era un amenguado testigo de tiempos malos. Si bien ya no tenía el antiguo hambre, lo perseguía una permanente ansiedad.

Había llegado muy temprano y ejercitó un poco a su memoria a la que ya consideraba falible. En el próximo momento establecería una armonía, pero no haría una reflexión que actuara como un sello. Porque hacer una defensa o vindicación sería contraponerse a su verdadera intención, es decir, que se pierda esa tarde sin que lo sagrado se mezcle con lo ficticio (cuestión que le sorprendería porque nunca dejó de ser curioso). Calculó que la tendencia al escepticismo era lo único capaz de darle coherencia al mundo.

Arreciaban brisas suaves, y una música clásica y ceremoniosa llegaba de las cercanías, y brindaba lo esencial para mantener al espíritu equilibrado y sereno. Quería simplificar a la variedad de intereses teniendo en vista que el comprender llevaba implícito una amarga decepción.

El cielo se había vaciado de nubes mientras su imaginación se cargaba con desatinos. Chaplin se había trepado a los escándalos con reticencia y buena educación. Dirigió su voz a quien no se hallaba a la vista, diciendo que ese domingo la noche saldrá a rescatar a todos los naufragos. Fue un murmullo con un lejano tono humorístico. Luego meditó en el comentario de su mujer acerca de su envejecimiento. Se trataba algo gradual que no quería tomar en consideración, aunque forcejeaba dentro de su mente. Envejecer fijaba la determinación de la vida, a pesar de ser el instrumento vital de la muerte: Era prolongar a los propios pensamientos en otro cuerpo; no era una versión superior de uno mismo, sino la de alguien que ya no podía darse el lujo de hacer demasiadas correcciones.

Había pasado las cinco de la tarde y estaba sentado en la mesa en la que tomaría un té. Seguramente repasaría con su interlocutor una serie de sucesos que relacionaron a su generación. Pero no querría saber nada con las voluntades indefensas de los hombres, ni con la potestad que se asignaban de conquistar desiertos invencibles.

Su anfitrión apareció de la sublime neblina que forraba al interior de la casa. Se lo veía tosco, pasmado, pero sus brillantes ojos transmitían sentimientos ardientes. Dueño de un espíritu creador que primero puso en peligro y luego destruyó a creencias preexistentes, era alguien que pensaba más allá de lo que se había apreciado como normalidad (lo que para no pocos era un ultraje y hasta el goce de un loco). Ahora, el eco de su voz podía prefigurar un nuevo terremoto en el campo intelectual.

Charles Chaplin en esa tarde de agosto se encontró, sin demostrar una especial habilidad, con Albert Einstein. Esa reunión no fue obra del azar ni de certeras posibilidades, sino del definido contraste que había entre los dos. Se habían juntado con la idea de desarrollar una amistad o una

respetuosa relación. Tal vez debían ponerse de acuerdo.

Igualmente, sus escrúpulos intelectuales no les impidieron comentar temas frívolos, como los glosados artículos que había hojeado Charles; aquel catálogo de gran espesor en donde se gestionaba competentemente al mundo y su devenir. Aquello no sólo era la combinación de objetos y ambiciones, sino un tratado acerca de lo que debía poblar la mente del hombre moderno. El aspecto visionario de la sociedad de consumo era evitar las pesadillas de las guerras. El progreso que simbolizaba ese catálogo era inatacable, ya que obligaba a la gente a enfocar su vista adelante y no mirar atrás.

Ese contacto entre el científico y el actor no tuvo otra gravitación más que observar el paso del tiempo que a veces entraba en juegos inabordables como el de la ilusión, y en cíclicas ocasiones construía desbordes trágicos.

Al jardín lo cubría el cielo abierto que reducía notablemente a la proporción de sus sombras. Había pocos vecinos a la vista; sin dudas estos enredaban sus pensamientos en sus propios ámbitos. Cada hombre armaba sus propias distancias más allá de las que son enumeradas en los mapas que ninguno se atrevía a alterar.

Charles Chaplin le dijo a Albert Einstein:

- "Usted es famoso porque unos pocos lo entienden, y yo porque todos pueden entenderme... "

Albert Einstein le respondió:

- "Permítame profundizar su opinión estimado amigo: yo sería famoso porque unos pocos entienden física, y usted porque gracias a su arte no habría uno que no sería capaz de entender su alma. Eso a mi entender es un error, ya que es más fácil conocer las leyes del universo que lo que hay en el espíritu del hombre".

Había sido una buena conversación entre dos genios de la época, sin embargo, existió una tácita coincidencia que no fue degradada por la aparente contradicción. La excelencia del hombre radica en reconocer al universo con su espíritu que lo mantiene aferrado a eso tan enorme que lo circunda. O por decirlo de otra forma, el hombre responde al universo porque no existiría sin este. No hay motivos de alarma: el universo es el perdurable padre del hombre quien a su vez es su hijo obediente.

Fin